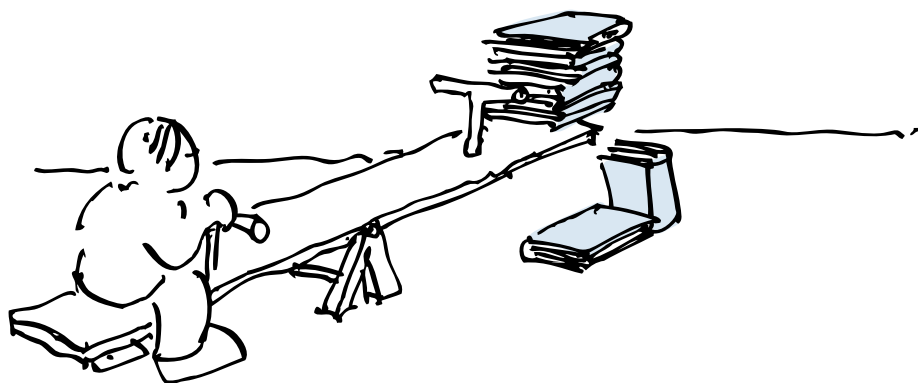


Educación y estabilidad intelectual

Fernando Galindo C.



La filosofía platónica es en gran medida la propuesta de un modelo educativo que permita la gestación de una ciudad óptima, en la cual cada ciudadano desarrolle la actividad en la que es mejor, colaborando así a su plenificación personal y al bien de toda la ciudad. Con su noción de *paideia*, Platón intenta ofrecer una respuesta al relativismo ético radical extendido entre las elites de su época, especialmente entre aquéllas dedicadas a la política como profesión. Según Peter Stemmer, dos circunstancias ocasionaron esta postura en la Grecia del siglo V aC: el contacto con otras culturas y la guerra del Peloponeso.¹

Por una parte, a través de la guerra contra los persas, el comercio internacional y los viajes de investigación y reconocimiento, los griegos adquirieron conciencia de la diversidad de usos y costumbres que existía en aquel mundo. Cuenta Herodoto, por ejemplo, que mientras para ellos incinerar a los padres tras su muerte era un deber sagrado, para el pueblo Kalatrio, originario

de India, resultaba escandaloso, acostumbrados como estaban a devorar los cadáveres de sus progenitores.² Por otra parte, la larga y extenuante guerra del Peloponeso (431-404 aC) entre las fuerzas comandadas por Esparta y aquellas encabezadas por Atenas, llevó a los griegos a calificar las decisiones de batalla de acuerdo meramente con su eficacia: al éxito o fracaso que tales decisiones conllevaban en la campaña, al margen de cualquier consideración de orden ético.

Como mencionamos, ambas experiencias derivaron en una extendida actitud de escepticismo y relativismo moral, que derivó en un cuestionamiento drástico de principios tradicionales como el amor a la Polis, la veneración a los padres y la obediencia a la ley. Para algunos, como el Calicles que presenta Platón en *Gorgias*, la justicia era un invento de los débiles para dominar a los naturalmente más fuertes: una argucia artificial que altera el orden natural donde los fuertes dominan desarrollando al máximo

sus capacidades. Otros, como el Trasímaco de la *República*, consideran que la justicia es buena y en ocasiones bien vista; mientras que la injusticia es mala y las más de las veces criticada. Sin embargo, quien quiera ser feliz, debe olvidar las categorías de bien y mal y elegir según la mejor estrategia, aquélla que otorga los mejores resultados: ésta es la injusticia. Para Trasímaco servirse de los demás es el mejor camino para lograr el propio beneficio.

En sus diálogos, Platón nos muestra a un Sócrates preocupado por el trastorno del vocabulario ético y la confusión que esto provoca, sobre todo entre jóvenes talentosos; aquéllos ansiosos de ganarse un nombre participando en los debates de la Asamblea y en las discusiones del ágora (Alcibíades es sin duda el ejemplo paradigmático) En *República*, Sócrates utiliza la célebre imagen de los prisioneros de la caverna para explicar la situación de los ciudadanos sin educación: sujetos con cadenas por sus cuatro extremidades y el cuello son obligados, desde su más temprana niñez, a mirar siempre al frente,

¹ Cf. Stemmer, Peter. *Platons Dialektik*. De Gruyter. Berlin - New York. 1992. 12- 30.

² Cf. Herodoto III, 38, 3-4.

a una pared por donde desfilan intermitentemente sombras, arrojadas por objetos diversos que otros hombres pasean frente a una hoguera colocada en la boca de la cueva.

A partir de esta imagen entiende Platón la educación como una paulatina liberación de la peor de las esclavitudes: la ignorancia. La educación es un camino de ascenso y huida de la prisión, la oscuridad y las sombras, hacia la libertad de movimiento y la luz del sol. Es también un proceso de purificación, una catarsis en la que se someten a examen las diversas opiniones y creencias que se poseen para determinar cuáles son verdaderas y cuáles no. Esta purificación va dirigida también al cuerpo y los apetitos: es una educación del deseo que lleva a deleitarse en los bienes más nobles y hermosos y a rechazar los bienes vulgares y menos bellos.

La imagen de la caverna no escatima los obstáculos propios de la educación: liberados de las cadenas, los prisioneros no logran tenerse en pie, pues sus músculos no están acostumbrados al movimiento y son débiles; nacidos en las sombras, sus ojos no toleran en un inicio siquiera la luz de la hoguera. Para salir de la caverna habrá que marchar siempre cuesta arriba, y cada paso será más doloroso que el anterior. Sólo después de mucho tiempo y muchos sufrimientos los prisioneros serán capaces de contemplar la luz del sol en lo alto del cielo.

La situación de los políticos en la Atenas clásica no es lejana a nosotros. Los políticos del presente, tiranizados por quienes los rodean y demandan, suelen tener tiempo para todas, todos y todo, menos

para estudiar, leer y reflexionar. Asimismo, las decisiones cotidianas no guardan una relación directa ni evidente con un marco ético claro y bien fundamentado; la educación no se traduce necesariamente en eficacia política, ni en puestos o popularidad. Es común decidir sobre la marcha, con prisas, sin pausa para pensar detenidamente y mirar más allá de lo inmediato. Las pequeñas complicaciones diarias postergan de continuo la reflexión sobre los temas esenciales de la política: la justicia y la libertad.

Por si esto fuera poco, no es fácil entablar conversación sobre las inquietudes intelectuales con colegas y colaboradores. Los temas fundamentales de la política –¿Qué es la Justicia?, ¿qué es la Libertad?– ponen incómodo a cualquiera porque son preguntas que atañen, en última instancia, al modo de vida personal; son un modo de formular la pregunta clave de la ética: ¿cómo debo vivir y para qué quiero vivir? El hecho solo de formular la pregunta implica sujetar nuestro comportamiento a examen, a riesgo de salir reprobados o caer en la esquizofrenia de no vivir conforme se piensa.

Como vimos, el objeto de la educación para Platón es la armonización de los distintos poderes humanos –del ordenamiento del intelecto, del afán de destacar y ganar honores, y de los deseos carnales– hacia la idea del bien. Efecto de la educación en lo físico es un cuerpo sano, suficientemente entrenado en cuanto a fuerza, resistencia y habilidad; sensible a los placeres de la carne, que tiende a la medida y rechaza los excesos y la saturación porque destruyen los órganos corporales y causan, a la larga,

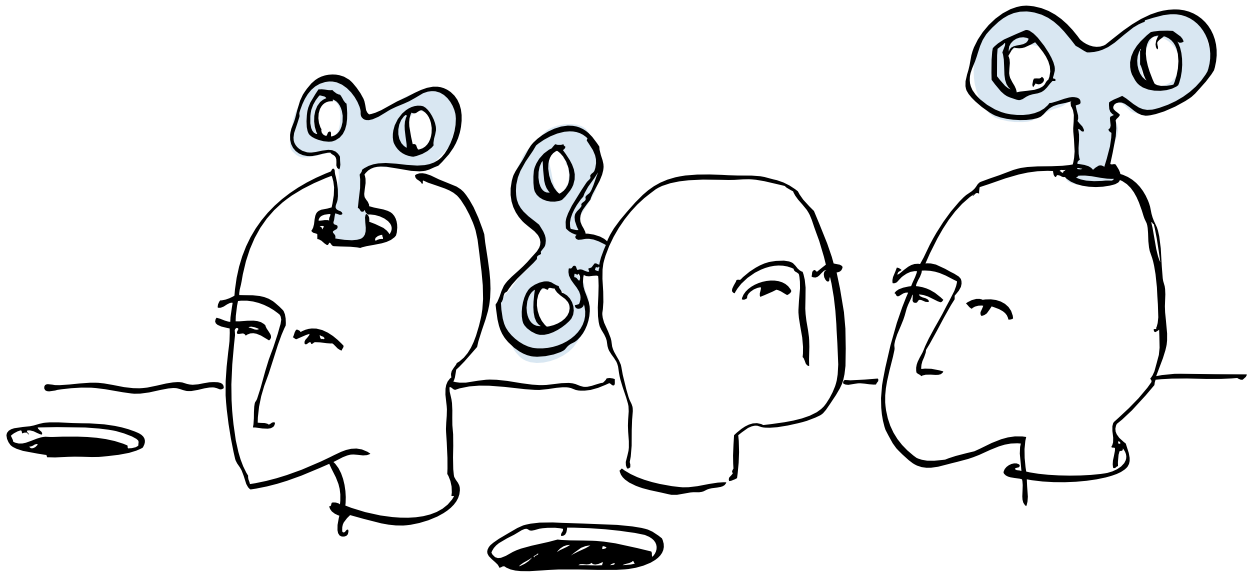
más dolor que placer. Por otro lado, el efecto de la educación en la razón es la estabilidad o solidez intelectual.³

Entendida como la fuerza o la capacidad del intelecto para encontrar similitudes y diferencias, para distinguir y juzgar. En una palabra, para aplicar el principio de no-contradicción. Principio que permite tanto comprender aquello que en la realidad permanece (la unidad, la identidad) y a la vez captar aquello que cambia.

La estabilidad intelectual es entonces la capacidad de mandar sobre los poderes de nuestra racionalidad: imaginación, memoria, pensamiento lógico, capacidad sintética, etcétera. Es una especie de instinto adquirido que permite estimar de modo sensato las situaciones en que nos vemos envueltos y definir adecuados cursos de acción, acordes con los fines mediatos que perseguimos. Esta estabilidad se consigue sólo tras mucho esfuerzo y ejercicio de años; es el resultado de lo que en ocasiones se llama cultivo del intelecto.

La educación del intelecto no aspira primordialmente a promover buenas y elegantes costumbres (aquellas que Hobbes en su *Leviatán* llamaba burlescamente *minor morals*: saludar al vecino, masticar con la boca cerrada, etcétera). Su finalidad no es hacernos agradables en la conversación u ocurrentes en las charlas de sociedad. Si bien la formación intelectual colabora a formar lo que entendemos por un caballero o una dama; esto es sólo una consecuencia marginal.

³ Cf. Newman, John Henry. *The Idea of the University*. Frank M. Turner, ed. Yale U.P. New Haven. 1996. 4 ss.



Cuando el intelecto ha sido entrenado del modo adecuado, adquiere el hábito de conectar experiencias, conocimientos y reflexiones personales de modo ordenado y sistemático, para la solución creativa de problemas específicos. Igualmente permite definir con claridad ideales y principios, con la consecuente fijación de objetivos a corto, mediano y largo plazo.

La estabilidad intelectual es la sobriedad del pensamiento. El pensamiento sobrio es sencillo porque no está contaminado con las pompas y presunciones que emborrachan a las mentes inmaduras. No consume tiempo en imaginaciones estúpidas ni en polémicas bizantinas; determina con rapidez con quién vale la pena discutir y sobre qué temas. Quien cuenta con un intelecto sólido está seguro de sus conocimientos y ni se envanece por lo que sabe ni se siente inseguro por aquello que ignora. Reconoce los límites de su ignorancia y sabe a quién acudir para remediar sus carencias, sabe pedir consejo.

Un intelecto cultivado, sólido y estable, es también profundo. Sus puntos de vista sobre cualquier tema de actualidad están respaldados sobre convicciones, no sobre sentimientos. Un intelecto así se ha liberado de los vaivenes de la moda y lo “políticamente correcto”; no se altera por las opiniones de quienes presumen de eruditos o expertos, ni se turba ante los discursos pseudo-científicos de tipo psicológico, neurológico o físico; no se deja tiranizar por la opinión de la mayoría, más bien sujeta cualquier opinión (también las propias) a un continuo y riguroso examen en un afán constante por acercarse a la verdad. Es un intelecto acostumbrado a tratar con cuestiones existenciales –el sentido del dolor, la existencia de la muerte, la finitud e infinitud humana–, que no se entretiene en trivialidades.

La solidez intelectual fomenta el sentido común, vuelve a quien lo posee razonable, es decir, susceptible de ser persuadido por argumentos racionales. Protege contra las supersticiones, las

teorías de la conspiración y la idolatría a la técnica.

Quien carece de estabilidad intelectual cae con facilidad en la herejía, el sectarismo, el racismo, las manías, los fanatismos, el fundamentalismo –hijo de la ignorancia, la ideología y las simplificaciones extrema–, y la tiranía de la moda. Quien se encuentra en esta condición tiende a juntarse con personas similares acelerando así su confusión y veleidad hasta el frenesí.

En política, la estabilidad intelectual es indispensable para realizar acciones coherentes, consecuentes y realistas, para mirar más allá del bienestar económico personal y pensar en categorías que escapen a la subyugante ambición de asegurar un puesto. Y, como mencionamos, sólo se consigue tras muchos años de estudio, reflexión y buena conversación. **B**